dos casos, y casos que no tienen bien definida su naturaleza y causa. Fuera de esto, diferencia completa y abismo profundo que separa unos de otros hechos, en cuanto á la causa, los signos internos y las consecuencias. Voy á demostrarlo fácilmente.

¿Qué son el tercer período del gran acceso histérico y las variedades de los ataques de actitudes apasionadas de Charcot, ó ataques de éxtasis de Richer? Grupos de síntomas cuyo valor morboso se puede resumir considerándolos como el resultado accidental de los trastornos producidos en el cerebro por el histerismo. Por eso en los detalles que describe Richer no se ven más que desórdenes de las funciones cerebrales. El autor mismo lo dice: durante los ataques del mal que minuciosamente relata, todos los signos, gestos y actitudes exteriores corresponden y expresan las alucinaciones de que es víctima el sujeto. ¿Y qué son las alucinaciones, causa inmediata de aquel conjunto sindrómico, sinó trastornos de las regiones del encéfalo destinadas á la facultad sensitiva? Vése claro que en estos casos se trata únicamente de fenómenos morbosos, debidos también á una causa patológica (1).

¿Y en los éxtasis divinos? Al contrario: una causa sobrenatural produce actividades poderosísimas de la inteligencia, cuya intensidad suspende *fisiológicamente* las funciones de los sentidos y debilita ó aminora las vegetativas y locomotivas, hasta el extremo y de la manera que consigné al tratar de dichas mercedes celestiales.

(1) En el próximo capítulo trataré de las alucinaciones.

¿Por qué, pues, la *equivocación* (1) de los médicos? No por otra razón que la de confundir voluntaria ó involuntariamente las operaciones activísimas de la inteligencia y voluntad racionales, acompañadas connaturalmente de los signos que se refieren á las otras facultades inferiores, con los fenómenos alucinatorios y demás trastornos encéfalo-medulares propios de la neurosis llamada *gran histeria*.

Y nada más distinto que ambos hechos. Cuanto sucede en el histerismo, ya lo dije, lo explica perfectamente la excesiva impresionabilidad y la exaltación morbosa de los órganos sensitivos. Los sentidos externos, la imaginación y la memoria excitados así, ejecutan actos más rápidos, más vivos, más notables; y como estas facultades se hallan vecinas á la inteligencia, y sus representaciones son los signos por medio de los que busca ésta y concibe la verdad, resulta que los actos sorprendentes que á veces llevan á cabo las primeras, podrán influir mucho en los de las potencias racionales. Mas nótese bien, que la causa de dichas actividades sensitivas no es otra sinó la disposición morbosa exagerada del sistema nervioso, que al par de provocarlas con mayor intensidad y rapidez, las hace muy desordenadas; tanto, que las alucinaciones son su obligado acompañamiento. De donde lógicamente se deduce que, léjos de favorecer la atención racional voluntaria, la estorban y hasta la impiden con harta frecuencia.

No podría ser de otro modo: porque la multitud de

(1) Quiero llamarla así, por no calificarla con más justicia y propiedad.

pensamientos nacidos en estos casos patológicos de aquella confusión de imágenes sensibles proporcionadas por los sentidos internos y externos, distraen é interrumpen la atención racional, dando lugar á un torbellino de conceptos incompletos y de juicios ilógicos. Por consiguiente, hacer idénticas las uniones místicas de amor divino y los éxtasis del histerismo, cual lo suponen Richer y los de la misma escuela, es confundir las poderosas y extraordinarias y ordenadas actividades intelectuales, con el enflaquecimiento y trastorno morboso de las facultades sensitivas.

Si del examen de las causas, descendemos ahora á la comparación de los signos y síntomas de ambos hechos, la sorpresa que ocasionan las opiniones naturalistas no es menor.

Dice Richer al describir los síntomas de los accesos histéricos, que durante los períodos de actitudes apasionadas y los ataques de la variedad extática, hay siempre alucinaciones con dos fases, la risueña ó alegre y la triste, que alternan hasta el fin del acceso. Añade que las imágenes y escenas alucinatorias son reproducciones fieles de otras reales que impresionaron á la enferma en su pasada vida, sobre todo, las que recuerdan el hecho que dió motivo á la explosión de su mal. Que se refieren á sentimientos diversos; y que las posturas, gestos, actitudes y palabras fotografían los sucesos que comparecen ante los cerebros exaltados de las pacientes, las cuales conservan el recuerdo alucinatorio al concluir los accesos. Por último, acaba el capítulo con las siguientes proposiciones:

«1.ª La actitud apasionada expresa siempre un sentimiento, un acto, ó un pensamiento.

»2.ª Durante la actitud apasionada, las facultades intelectuales se hallan activas: hay siempre alucinación.

»3.ª Durante la actitud apasionada, la sensibilidad general y especial está completamente abolida; pero la enferma conserva la libertad de sus movimientos» (1).

El autor cita casos clínicos en apoyo de su descripción, que voy á clasificar en tres grupos. El 1.º comprenderá las observaciones que sirven á Richer de ejemplos del tercer período del gran ataque histérico de Charcot; son las de Gl..., pág. 90, la de Marc... pág. 96, la de Gen... pág. 107, la de Ang... pág. 108, la de Wit... y Ler... pág. 109; la de Suz. N... pág. 112 y la de Alph. B... pág. 114. El 2.º grupo consta de las citas anteriores y además de otros casos que copia de Bourneville, pág. 213, de Dubrisay, pág. 215, de Sanderet, pág. 216, y de Mauriac y Verdalle, pág. 219: todos para mostrar la variedad que titula *ataques de éxtasis*. El 3.er grupo lo formaré con los que copia el autor narrando la vida de Douceline, pág. 903, los sucesos de María de Mærle y de Luisa Lateau, páginas 906 y 909 y las que inserta el libro del P. de Bonniot.

De las observaciones comprendidas en los dos primeros grupos, sólo diré que retratan por el conjunto y los detalles el cuadro que describe Richer al pintar el período de actitudes apasionadas ó posturas plásticas

(1) Los capitalísimos errores psicológicos que comete Richer en estos renglones respecto al fenómeno alucinatorio, los apreciará muy bien el lector del capítulo que dedico á las alucinaciones.

de Charcot, y que repite luego al dibujar el síndrome de la variedad histérica extática. En unos y otros pueden verse las escenas mímicas y las palabras con que manifiestan las enfermas sus alucinaciones, y que generalmente siguen la marcha sucesiva de los afectos del miedo, el terror, la súplica, lubricidad, cinismo erótico, ira y amenaza, tristeza, llanto y crisis. Alguna vez, se mezclan al principio, medio y fin de los accesos, actitudes y frases más ó menos claras ó confusas de plegaria, cantos y ensueños religiosos, que alternan con las otras de miedo, terror y, sobre todo, de apetitos lúbricos.

En cuanto á los casos que forman el 3.er grupo, aseguro que, léjos de probar lo que Richer y otros autores pretenden, muestran más y mejor la honda sima que los separa y que se procura en vano cubrir con omisiones y *huidas* incalificables é impropias de concienzudos y serios escritores (1). Pero ya se ve; nada es más cómodo en las discusiones científicas que no sostenerlas, so pretexto de tenerlas ya probadas. ¿Qué hace Richer en este caso? Poner varios ejemplos de pacientes realmente histéricos que sufren accesos de histerismo bajo una ú otra forma; tomar luego al azar sucesos sobrenaturales á todas luces, como los de San Francisco de Asís, San José de Copertino, Santa Catalina de Sena y Santa Teresa, ú

(1) Al copiar Richer las citas del Dr. Lefebvre y del P. de Bonniot, omite cuanto ambos ilustrados publicistas católicos dicen á propósito de tales sucesos. ¿Es que teme resplandezca la verdad? ¿Es que no se atreve á discutir con dichos maestros? De todos modos hace mal.

otros que, no definidos aún por la Iglesia, no se deben calificar todavía, pero que de ninguna manera caben dentro de los cuadros patólogicos puros; y hecha tan caprichosa elección, juntarlos todos en igual categoría sin estudio previo, ni examen, ni criterio científico que autoricen al médico prudente y sabio para unir así hechos cuyo solo aspecto exterior separa en absoluto, después que su causa engendradora los aparta con la distancia que media entre lo infinito y lo finito.

Ni una sola alucinación padecen los favorecidos místicos durante sus éxtasis divinos; no se observa en ellos esa incesante alternativa de fases alegres y dolorosas; no hay mímicas ni palabras que retraten escenas terroríficas, iracundas, amenazadoras, locas, ni mucho menos libidinosas y cínicas; jamás se *quejan* los extáticos *amargamente diciendo*, como las histéricas (1), *que el lado risueño de su ataque, lo trastornan siempre visiones terribles, y que en este sueño hay más desdicha que bienestar:* nunca van precedidas prodrómicamente las mercedes celestiales, *aunque los sujetos padezcan histerismo*, de los anteriores períodos del gran ataque, ni de accidentes epileptiformes ó convulsivos... ¿Dónde, pues, halla el autor datos que le permitan colocar los sucesos místicos en sus cuadros histéricos? (2). Y si no los tiene, ¿cómo se atreve á escribir cual si los poseyera cumplidamente?

Mas no es achaque sólo de Richer esto que lamen-

(1) Véase folio 187.

(2) Sólo podría encontrarlos en su ignorancia *respecto á teología* y psicología; mas tal carencia de conocimientos ha debido hacerlo más cauto.

tamos; es de toda la escuela naturalista. El P. de Bonniot, tratando este punto (1) escribe los renglones siguientes, que si leyó el discípulo de Charcot al copiar la cita que dijimos, no tuvo á bien combatir: «La pretensión de la *ciencia* respecto del éxtasis, sería verdaderamente chistosa, si no afligiera. ¿No diríamos oyéndola, que tal fenómeno no tiene para ella nada misterioso? La ciencia, en la cuestión que nos ocupa, toma el nombre de *patología*, ciencia de las enfermedades. Ahora bien; la patología se halla muy poco adelantada, por más vieja que sea. No ve claro por ninguna parte; por doquier tantea un poco, mas en presencia de las enfermedades nerviosas, de las *neurosis*, como ella dice, está sumida en las más profundas tinieblas. «La naturaleza de las neurosis es poco sabida,» dice el profesor Georget. Los éxtasis que, según los patólogos, serían una especie de neurosis, lejos de ser conocidos, no se han estudiado aún. M. A. Maury escribe: «Los médicos procuran estudiar la verdadera naturaleza de este fenómeno (del éxtasis), apreciar las causas, juzgar los detalles.» Es una frase correcta, y nada más. Los médicos no han hecho nada de lo que les atribuye el profesor del Colegio de Francia. Es fácil convencerse. Recórranse las muchas y voluminosas obras publicadas por nuestros contemporáneos sobre las neurosis; ciertamente se las encontrará llenas de observaciones bien hechas, de sabias conclusiones acerca de todas las enfermedades nerviosas conocidas. Sólo el éxtasis se trata con una parsimonia increíble; algunas líneas, y esto es todo. ¿Qué

(1) Ob. cit., pág. 187.

se ha de pensar sinó que faltan los hechos, y por consiguiente la ciencia, porque dicha ciencia se apoya necesariamente en los hechos? El Dr. Michea, último que al escribir sobre el éxtasis ha debido aprovechar los trabajos de todos sus predecesores, resume así lo que se sabe acerca de este punto: «El éxtasis es una afección que tiene por asiento el cerebro; pero cuya lesión anatómica escapa al estado actual de nuestros conocimientos.» Nosotros creemos que así de adelantados estaban en la Edad Media.

M. A. Maury dice también: «Cuando la teología reinaba sola y sin rival, no se procuraba profundizar la causa del fenómeno, ni notar los detalles y las anomalías; limitábase á admirar.» Nosotros hemos interrogado primero á los autores médicos; solamente después de tales maestros hemos llegado á los teólogos. Pues bien, debemos decirlo; el aserto de M. Maury es lo contrario de la verdad. Los médicos reemplazan la admiración con el desdén, mas se contentan y no profundizan nada la «causa del fenómeno.» Los teólogos admiran poco y se ocupan muy en serio de la «causa» y de los «detalles,» repartiendo sobre el asunto una luz verdaderamente satisfactoria. Seríamos dignos de vituperio si no nos volviésemos de preferencia hacia el lado donde el día es más claro. Por lo demás, no dejaremos de tomar de los médicos cuanto bueno tengan.»

Por su parte el Dr. Lefebvre, al emprender el estudio comparativo de las enfermedades con los hechos sobrenaturales de que trata en su citada obra, dice así:

«He hallado cierto número de hechos, no sólo análogos, sinó idénticos á los fenómenos observados en

Bois d'Haine (1). No los he recogido en los fastos de la medicina; al menos han llegado á ellos por segunda mano; pertenecen á los anales religiosos. Desde San Francisco de Asís, muerto en 1226, hasta María de Mœrle, nuestra contemporánea, fácilmente podrían contarse unas sesenta personas entre hombres y mujeres que han tenido estigmas de sangre... Gran número tenían al mismo tiempo éxtasis.

»Tal vez se nos interrumpirá diciendo: hé ahí la especie morbosa á que pertenecen los fenómenos cuya génesis buscáis. Esto sería simplemente resolver la cuestión por la cuestión misma. En efecto; ¿cuál es el objeto de nuestro estudio? Averiguar si los fenómenos que presenta Luisa Lateau, son hechos patológicos naturales; y para demostrarlo así, ¿se limitaría uno á citar los consignados en la mística cristiana, y ante los que se levanta igual cuestión?

»Permítasenos una comparación que hará más evidente la analogía. La Sagrada Escritura relata nominalmente, si mal no recuerdo, nueve ejemplos de muertos resucitados. Mas ¿qué diríais, solamente desde el punto de vista lógico, del crítico que, tratando de la resurrección de Lázaro, discurriera diciendo: «La resurrección de Lázaro es á todas luces un hecho del orden natural; pruébalo el hallar en los Sagrados Libros ocho casos análogos?»

»No es, por tanto, en la mística cristiana, sinó en la patología, donde buscar debemos hechos que puedan ayudarnos á interpretar los fenómenos observados racionalmente...»

(1) Estigmas y éxtasis.

Por si á Richer y sus colegas no les parecen convincentes nuestras razones, voy á ceder la palabra con gusto á la pluma de Santa Teresa; pues quien lea detenidamente sus escritos habrá de afirmar que la eximia Doctora no se confundió al distinguir los sucesos divinos y los fenómenos histéricos: tan claras se ven las diferencias que señala en unos y otros casos, ora en los signos corpóreos, ora en los del espíritu.

Efectivamente: Santa Teresa no pudo hallar analogías entre aquel *mal de corazón tan grandísimo que ponía espanto á quien lo veía, que algunas veces parecía con dientes agudos la asían de él, tanto que se temió era rabia*, ó entre aquel *parajismo que duró cuatro días, con la lengua hecha pedazos de mordida, la garganta que áun el agua no podía pasar; toda encogida hecha un ovillo;* y los signos corpóreos propios de sus éxtasis y raptos místicos, de los que, como saben los lectores, dice: *el deleite exterior que se siente, es grande..... el cuerpo vase enfriando, aunque con grandísima suavidad, Sin prevenir el pensamiento, ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte..... que muchas veces querría yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas que es en público..... y era imposible, sino que me llevaban el alma y la cabeza tras ella, y el cuerpo hasta levantarlo.....* (1).

Tampoco podía encontrar semejanza ninguna entre los accesos de una enfermedad *que casi la privaba el sentido siempre, y algunas veces quedaba sin él*, durando una vez *el estar sin ningún sentido cuatro días,*

(1) No cito aquí las páginas, porque lo hice al copiarlas antes. Haré lo mismo con las que siguen, por igual razón.

y los dulcísimos sueños que procuraban á la sensibilidad los éxtasis y raptos de las potencias superiores del espíritu, mientras los que presentaban el entendimiento y la voluntad actividades prodigiosas.

Menos aún pudo encontrar dichas analogías ni semejanzas investigando las consecuencias ó efectos en unos y otros casos; porque al salir de sus ataques histéricos, hallaba en la parte corporal señales de los traumatismos sufridos durante aquéllos, *sin haber cómo llegar á ella, porque todo estaba tan lastimado, que no lo podía sufrir;* sentía molestias sin cuento, representadas unas veces por contracturas, *dolores intolerables*, cardialgias é hiperestesias de todo género; otras por parálisis más ó menos duraderas, con desórdenes de los sentidos; y siempre, por cansancio, quebrantamiento músculo-articular, aumento de sus dispepsias y demás síntomas habituales; y en el estado de las potencias superiores de su alma, falta de conciencia de lo acaecido, y cuando más, recuerdos inexactos ó confusos de los desórdenes mentales, abatimiento, tristeza, tedio, angustias é ineptitud para cualquier acto moral ó intelectivo.

En cambio, al concluir el éxtasis ó rapto, notaba bienestar fisiológico, alivio de las molestias habituales enumeradas, memoria clarísima de los actos del espíritu llevados á cabo, rara elocuencia para trasmitir estos recuerdos, y dulzuras, alegría, paz, energía, valor, caridad y virtudes encendidas, pensamientos, ideas y conceptos profundos acerca de verdades teológicas y metafísicas arduas y elevadas. Ventajas y dádivas que la regalaba el Dispensador de los favores místicos, y que iba cada vez atesorando más y más su alma, tan enamorada de Dios.

Con tales datos recogidos en sí misma, Santa Teresa, dotada de un espíritu observador, de juicio recto, de talento profundo y de humildad á prueba, debió ser apreciadora y expositora fidelísima cuando se vió forzada, por obediencia, á escribir con exactitud y verdad de cuanto había experimentado. Debió serlo, y lo fué; porque ni padeció equivocaciones, ni cayó en confusión. Así es que, al describir sus accesos histéricos, narra escenas de trastornos morbosos en la sensibilidad y movimientos, acompañadas de letargos de los sentidos, las facultades intelectivas y los afectos morales; letargos que, cuando no eran completos, se veían interrumpidos por algún que otro fulgor siniestro que revelaba el desorden; y al pintar sus éxtasis y raptos místicos, dibuja cuadros iluminados por las extraordinarias y sobrenaturales actividades de la inteligencia y la voluntad, á cuyo lado moraban plácidos ensueños de los sentidos y elevaciones maravillosas.

Y si, dejando ahora el conjunto, pretende la crítica encontrar otras pruebas en los detalles, fácilmente los hallará leyendo los capítulos que la Santa dedicó á comparar algunos fenómenos propios de su mal con los signos de sus uniones amorosas divinas; porque en dichos capítulos, no satisfecha con poner de relieve las diferencias que separan unos de otros, llega á dar consejos para remediar, no sólo las confusiones posibles en estos difíciles casos, sinó también la mala elección de las medidas que han de tomarse por los directores del espíritu.

Pero es asunto este que nos lleva de la mano á tratar de la melancolía histérica, y luego de las alucinaciones.